



REVISTA POLÍTICA LATINOAMERICANA

Publicación digital semestral

Director: Mario Toer

politicalatinoamericana.org/revista

LA PRODUCTIVIDAD DEL CONFLICTO

Roberto Follari

Doctor y Licenciado en Psicología por la Univ. Nacional de San Luis. Profesor titular de Epistemología de las Ciencias Sociales (Univ. Nacional de Cuyo, Fac. Ciencias Políticas y Sociales).

Casilla de correo: rfollari@gmail.com

El conflicto es central a la política, y es el dinamizador de la misma, no un inconveniente que hubiera que evitar, como parece entenderlo un cierto republicanismo apaciguador. Es una tesis que reconoce presencia en Ranciere, a través de una de sus obras más conocidas (Ranciere, 1998); asumida la “paz perpetua” en que se mantuvo el capitalismo de los países centrales en las últimas décadas, lo auténticamente político se pondría por fuera de la simple y monótona administración de lo dado. Con algo de reminiscencia frankfurtiana, el acontecimiento político se pondría fuera del rango de lo calculable y lo gestionado, para romper drásticamente hacia la constitución de otros mundos y otras alternativas siempre posibles, pero a menudo impensadas.

Admitamos que esta postulación fue fuertemente contrafáctica; se dio en contra de lo existente, y por cierto que no concitó, al menos en el espacio del capitalismo avanzado, alguna efectiva realización de su propuesta. Pero ello no mella al significado de la categoría de política para Ranciere: la excepción, el acontecimiento, la ruptura que mina la continuidad, que hace un agujero en la mismidad de un sistema político. Por tanto, el rechazo hacia la mera gestión de lo existente, hacia la continuidad homogénea de los poderes tal cual están estipulados, es absoluto. Política es remover y relanzar lo existente y ello –obviamente- implica asumir el conflicto como aquello que sería más propio de la condición política.

En otra tradición, fue el Laclau estudioso del populismo quien priorizó claramente la función del conflicto en la política (Laclau, 2006). De alguna manera el politólogo argentino privilegió el “momento populista” de la político, incluso llegó a sostener que política y populismo podían ser considerados sinónimos. Recibió algunas críticas por ello (Follari, 2010), y en su última época, tendió a pensar la cuestión como una tensión entre lo institucionalista y lo populista, identificados de algún modo como lo instituido y lo instituyente (Lourau, 1978). Según esta versión, la ruptura populista es la que mueve efectivamente los sistemas institucionales más allá de donde previamente estaban estacionados. Sin embargo, resulta impensable una sociedad donde todo fuera solamente conflicto sin mediación; de tal manera, siempre existe un continente institucional previo que sirve de contención, y que promueve momentos de equilibrio entre aquellos que se caracterizan principalmente por la ruptura.

De cualquier modo, el privilegio del conflicto en Ranciere y Laclau es lo propio de quienes prefieren la instauración de nuevos órdenes sociales al mantenimiento de los existentes.

Notoriamente, la elusión del conflicto es propia de quienes prefieren sostener lo dado, y acorde a ello presentan la conflictividad como una anomalía disfuncional al tejido social.

¿De quiénes surge el conflicto?

Aquellos que están dispuestos a asumir el rol del conflicto en la política y son a la vez actores de la misma, deben soportar los ataques esperables por su audacia. Es el caso de los líderes neopopulistas latinoamericanos actuales (Correa, Maduro, Cristina Fernández, Evo Morales), quienes son reputados como conflictivos ellos mismos, como promotores de pelea social, como aquellos que estarían horadando una imaginaria unidad indivisible de las sociedades que ellos vendrían a hendir con la daga de la ruptura y el enfrentamiento.

Esto resulta muy advertible en la enorme campaña de la vulgata mediática hegemónica en contra de los referidos jefes de Estado en cada uno de sus países, así como en la prensa de los países del capitalismo central. En esta última se dibuja a estos líderes como pintorescos, como fruto de una indomable idiosincrasia bárbara de nuestros pueblos, como rasgo de lo “real maravilloso” que nos sería consustancial. En esa imagen estereotipada y eurocéntrica, aparecemos como atávica muestra de pasados superados, como huella tardía de aquello que la cultura y el avance económico habrían ido enterrando en los países del capitalismo central.

De tal modo, para ellos el liderazgo neopopulista promueve conflictos, los llama a aparecer, los conjura; se trata de una actividad definidamente disgregadora que caracterizaría a estos gobiernos de la región, tan alejados de las prolijas y esmeradas formas con las que el capitalismo central se ha aposentado en la nada-de-cambio desde los años 80, y ha administrado tediosamente el aumento del capital desde entonces, sin ninguna circunstancia importante que –hasta la reciente crisis económica- haya merecido ser mencionada.

Pero los gobiernos latinoamericanos actuales no producen conflicto, sólo lo hacen evidente.

Dejan que llegue al espacio de la apariencia el conflicto soterrado que se vive en las sociedades aparentemente pacificadas, esas donde el poder se abroquea y oculta de tal manera, que puede hacer aparecer sus privilegios como si fueran eternos y naturales.

Cuando se administra en favor de los poderosos, se reproducen las relaciones de producción en aquel sentido cuasi-mecánico que Althusser dibujara en su tiempo (Althusser, 1969). Todo conflicto en torno a la distribución de la riqueza y/o del poder, pone en peligro la previa configuración de asimetrías sociales. Por tanto, es percibido como una amenaza, como un llamado a la ruptura de un orden que, por deseable para quienes de él se benefician, es bueno que parezca natural e inmodificable.

Por tanto, es esperable que para ellos el “momento institucional” sea lo que predomine por sobre el de la ruptura y la asunción del conflicto. Por supuesto que las instituciones son necesarias, y por cierto que exigen algún grado de estabilidad para su asentamiento y su vigencia.

Pero sin dudas que el poner a las instituciones dadas reificándolas (es decir, tomándolas como objetos indisputables, como si no fueran práctica social objetivada), es obturar la emergencia de cualquier cambio de lo existente, pues cualquier cambio aparece como peligroso para el mantenimiento del statu quo.

Sin embargo, el efecto de esa necesidad de paz perpetua es la imaginarización de una sociedad homogénea y sin fisuras, idéntica a sí misma en todos sus planos, que rechaza por ello el conflicto que vendría a romper con esa bucólica mismidad en la cual la sociedad se sostendría. Es por eso que la aparición visible del conflicto es entendida como una anomalía, como lo indeseable que se presenta a la vista. Y debiera hallarse a algún actor responsable de la aparición de ese mal, ya que el mismo no sería propio de la sociedad, sino vendría traído hacia ella de manera aviesa, por aquellos que pretenden instalar la desunión en un tejido de por sí compacto y sin hiatos.

Por eso se achaca a los líderes neopopulistas latinoamericanos el ser “númenes” del conflicto, el propiciarlo y desatarlo. No se entiende la lógica por la cual lo que se hace, es en realidad muy diferente: se trata de poner en evidencia lo que siempre-ya estaba

allí. Lo que hace el institucionalismo de derechas, es disimular las diferencias y las contradicciones sociales, mantenerlas soterradas; cuando ellas aparecen, acusar a los líderes sindicales, políticos o territoriales que salen de la armonía preestablecida, de ser poco menos que virus que se inoculan a un cuerpo sano -el de la sociedad- para llenarlo de un enfermizo escenario de rupturas y enfrentamientos.

De tal modo, el conflicto que es fruto de la simple heterogeneidad social (es decir, que a más complejidad social, más conflictos potenciales existen) se plantea como si, en vez de ser lo esperable, fuera lo anómalo.

Los que asumen a la sociedad pluralizada y múltiple como es, son presentados como los conflictivos; los que la quieren pacificada de manera artificial, ajena a la diferencia y a la disputa, y que por tanto operan en los hechos de manera abierta o solapadamente represiva, serían en cambio presentados como equilibrados y pacíficos, y estarían contribuyendo a la tranquilidad social y la perpetuación de lo social *en cuanto tal*.

Lo cierto es que este imaginario de la paz social y la armonía permanente, lleva como correlato el rechazo, a menudo violento, de la demanda y la protesta sociales. Si lo importante es la tranquilidad, el reclamo la afecta. De tal manera, los más presuntos pacificadores son los más violentos, los más propensos a la armonía son los más brutales: sólo los que dan cauce de salida al conflicto pueden darle elaboración, mientras que en cambio, aquellos que lo rechazan no tienen cómo encontrarle solución, lo que a menudo los lleva a la represión como herramienta natural del institucionalismo.

Bibliografía asociada

Aboy-Carles, Gerardo (2013): “Después del derrumbe”, en Pèrez, Germàn et al. (eds.): **La grieta**, Biblos, Bs. Aires

Althusser, Louis (1969): **Ideología y aparatos ideológicos del Estado**, Nueva Visión, Bs.Aires

Follari, Roberto (1990): **Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América Latina**, Aique-Rei-IDEAS, Bs.Aires

Follari, Roberto (2010): **La alternativa neopopulista**, Homo Sapiens, Rosario

Jameson, Frederic (1998): **El giro cultural**, Manantial, Bs.Aires

Laclau, Ernesto (1980): **Política e ideología en la teoría marxista**, Siglo XXI, Madrid

Laclau, Ernesto (2006): **La razón populista**, F.C.E., Bs.Aires

Lourau, Renée (1978): **Claves de la Sociología**, Laia, Barcelona

Ranciere, Jacques (1996): **El desacuerdo**, Nueva Visión, Bs.Aires

Virno, Paolo (2008): **Gramática de la multitud**, Colihue, Bs. Aires